

Noelia Amarillo

NO LO
LLAMES
PASIÓN

No lo llames pasión

Noelia Amarillo

Esencia/Planeta

© Noelia Amarillo, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Chris Tefme-Shutterstock

Primera edición: mayo de 2018
ISBN: 978-84-08-18710-3
Depósito legal: B. 7.337-2018
Composición: David Pablo
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

VECINOS					
TERCERO INTERIOR			TERCERO EXTERIOR		
IZQUIERDA	CENTRO	DERECHA	IZQUIERDA	DERECHA	
Vicenta García (la Chata)	Estudiantes	Eva Borrego	Félix Lara Mercedes Robles	Dolores Carrión Adán Vega-Sombría	
SEGUNDO INTERIOR			SEGUNDO EXTERIOR		
IZQUIERDA	CENTRO	DERECHA	IZQUIERDA	DERECHA	
Babar Darzi Trisha Misra Falak, Anuja y Neeja Darzi	Pedro Pablo Pérez	Gala Aráoz Jimena y Gadea Aguilar	Óscar Fuentes Charo López (la Morosa) Los trillizos	En alquiler	
PRIMERO INTERIOR			PRIMERO EXTERIOR		
IZQUIERDA	CENTRO	DERECHA	IZQUIERDA	DERECHA	
Cruz Santos Bruno Cortes	Familia Galán	Calisto Ramos (Calix)	Rodrigo Castro (el Estirado)	Federico Rivera Encarna Gómez	
BAJO INTERIOR			BAJO EXTERIOR		
IZQUIERDA	CENTRO	DERECHA	IZQUIERDA	DERECHA	
Familia Asiática	Jon Wu Huan Zuou Xiao y Maylin Wu	Manuel Gómez (el Inspector)	Juan Contreras (el Mudo)	Salvador Martín (el Ogro)	

Prólogo



Sábado, 20 de octubre de 2018

Los jardines de Cecilio Rodríguez en El Retiro son uno de los rincones más bonitos de Madrid. El suelo de baldosas ajedrezadas, los cipreses de formas geométricas, las columnas graníticas, las fuentes, los estanques y las pérgolas lo convierten en un lugar mágico.

Y en el centro de este rincón de fantasía estoy yo.

Vestida de novia. Con un vestido de corte sirena que no me llega a las rodillas, escote barco y mangas de encaje que acaban en un elegante pico en el dorso de mis manos. No voy vestida así para acudir a un baile de disfraces o porque me haya escapado de un manicomio, aunque esta última opción no es descabellada. De hecho, si hace un par de años alguien me hubiera dicho que iba a volver a casarme, le habría dicho que ni loca.

Pero aquí estoy. A punto de casarme. Otra vez.

Tal vez sí estoy loca.

Locamente enamorada.

¿Quién podría habérselo imaginado? Yo, que odiaba democráticamente a los hombres, esto es, a todos por igual. Que era feliz con mi soledad autoimpuesta. Que la palabra *amor* me producía urticaria y la palabra *boda*, náuseas. Yo, que no confiaba en los hombres, que no apostaba por ninguno, que sólo sentía desdén y resentimiento hacia el género masculino de la especie, estoy a punto de casarme con uno de esos a los que tanto odiaba.

Pero no es un hombre cualquiera. Es especial. Me ha conquistado poco a poco, abriéndose paso hasta mi corazón a través de mi mal genio, mi rencor y mi obcecación.

Y ahora no sabría vivir sin él, a pesar de que es un estirado prepotente más terco que una mula que nunca se da por vencido.

Y por eso me ha atrapado.

Ahí está, hermoso como un dios frente al pabellón de los jardines, esperando a que deje de perder el tiempo y reúna el valor de caminar hasta él.

Aprieto con fuerza el tallo de la rosa que sujeto en la mano. No tiene espinas. Mi futuro marido ha tenido la santa paciencia de quitárselas. Igual que ha hecho conmigo. Aunque, no os engañéis, sigo teniendo miles de afiladas espinas con las que repeler a cualquiera que se acerque demasiado a mí. Cualquiera que no sea él, por supuesto.

Él es el único hombre que ha tenido el valor y la determinación necesarios para conocerme y quererme tal cual soy.

Y yo estoy deseando casarme con él.

Vaya, acabo de darme cuenta de que he empezado a contaros el cuento por el final cuando lo mejor es empezar por el principio.

Y el principio fue hace ocho años, cuando me enteré de que mi por entonces marido me estaba poniendo los cuernos. Pero no unos cuernos discretos, ¡qué va! Unos cuernos de esos que hacen historia, porque no me los ponía con otra mujer, sino con otras. Así, en plural. ¿Para qué follarse a una, a dos o a tres, si podía follarse a docenas?

Fue una gran decepción que destrozó mi mundo y me rompió en pedazos. ¿Qué queréis que os diga?, estaba profundamente enamorada de él. Mi ex era el hombre perfecto. Guapo, divertido, simpático, con un punto de irresponsabilidad que lo volvía aún más atrayente, porque ¿quién no se ha enamorado alguna vez de Peter Pan?

Lo malo es que mi Peter Pan particular no sólo se tiraba a Wendy, que sería yo, sino también a todas las indias, hadas y sirenas de la isla de Nunca Jamás.

En definitiva, a toda mujer que se le cruzara por el camino.

Y, sinceramente, una cabeza humana, la mía en este caso, sólo puede resistir el peso de una cantidad limitada de cuernos.

Así que, un año después del descubrimiento, que fue el tiempo que tardé en comprender que él no tenía intención de redimirse, le pedí el divorcio y dejé el ático de alquiler en el que vivíamos

para mudarme con mis hijas a un piso diminuto que compré —y que aún estoy pagando al banco— en el Madrid de los Austrias, más exactamente en la plaza de la Paja.

No voy a mentiros, fueron los peores meses de mi vida. Dejé atrás todo lo que conocía, mi casa, mi barrio y mis amigos, que también eran los de mi ex, pues llevábamos juntos desde niños. Y lo peor era que el hombre al que había amado con locura durante más de la mitad de mi vida se había convertido de la noche a la mañana en la persona a la que más odiaba del mundo. Aunque no la única. Porque lo cierto es que a partir de ese momento comencé a sentir un odio visceral hacia todos los hombres. Sin excepciones.

Era algo irracional, sin lógica ni fundamento, pero a mí me daba igual. No podía evitar odiarlos. Ninguno era decente. Ninguno era leal. Ninguno merecía la pena. Todos me traicionarían haciéndome sufrir. Nunca más volvería a fiarme de ellos. Eran escoria. Egoístas mezquinos sin sentimientos ni empatía. Ingratos inconsistentes que sólo se movían por su propio placer e interés.

El único hombre bueno era el que estaba muerto, o, en su defecto, capado.

Por supuesto, intentaba guardarme estos pensamientos para mí cuando estaban presentes mis hijas, al fin y al cabo, mi ex era —y es, porque todavía no le ha caído encima ningún rayo— su padre y ellas no tienen por qué sufrir por culpa de sus errores y mi odio. Pero creedme si os digo que estuve a punto de envenenarme de tanto morderme la lengua. De hecho, acabé enferma de odio de tanto guardarme el rencor y la rabia para mí. Y, poco a poco, la hiel que sentía se encontró en mi corazón, convirtiéndome en un ser horrible lleno de odio.

Estaba a punto de estallar cuando conocí a Eva.

Fue mi salvación.

Yo buscaba a alguien que me limpiara la casa y llevara y recogiera a mis hijas del colegio, y ella buscaba trabajo. Con la ventaja de que era —y es— mi vecina. Así que llegamos a un trato y yo me convertí en su jefa. En poco tiempo nos hicimos amigas y, para qué negarlo, ella se convirtió en mi paño de lágrimas. No tardé

mucho en conocer a sus amigos, que ahora son los míos. También son nuestros vecinos. Vicenta, una mujer de ochenta y tantos años que vive frente a Eva, y Cruz, un homosexual delicioso que vive en el primero.

Y gracias a ellos dejé atrás meses de tristeza y amargura, y comencé a sonreír.

Eso sí, no dejé de aborrecer a los hombres.

Pasaron seis años de tranquilidad en los que odiar a los hombres se convirtió en una especie de terapia, y las reuniones con mis amigas —porque a Cruz lo consideramos «ella» y no «él»—, una salida para mi carácter arisco. Y, ¿qué queréis que os diga?, yo era feliz en mi reducido mundo con mis hijas, mis amigas y mi vibrador. No necesitaba más. Hasta que hace un par de años sucedió algo que fue el punto de inflexión a partir del cual cambió mi vida. Aunque yo no me di cuenta de eso hasta mucho tiempo después, cuando ya estaba sumergida en una trama de seducción, amor y deseo de la que no podía —ni quería— escapar.

Todo comenzó cuando una mañana de septiembre de 2016 mi edificio amaneció con las barandillas untadas de mierda. Sí, literalmente. Apestosa caca orgánica igual que la que evacuamos cada mañana (siempre y cuando tengamos suerte y no estemos estreñidas). Mis hijas la tocaron sin querer —¡qué tontería, nadie la tocaría queriendo!— y se pusieron histéricas. O eso me han contado, porque yo en ese momento me encontraba trabajando.

Estaban a punto de sufrir un telele cuando apareció un héroe que las salvó con el sencillo método de hacerlas entrar en su casa y ordenarles que se lavaran las manos. A fondo.

Ese héroe inesperado resultó ser el vecino más estirado e insoportable de toda la comunidad, y mira que eso era difícil, porque mi comunidad está llena de vecinos repelentes. Pues fue el más odioso de todos el que acudió en su ayuda. Esto dio como resultado que al regresar del trabajo y enterarme de lo que había pasado no me quedara más remedio que ponerme la máscara de persona sociable —o, al menos, todo lo sociable que podía llegar a ser con un hombre— y bajar a su casa para agradecerle su heroica actuación en tan escatológica situación. Que mi hija pequeña,

Gadea, me hiciera prometer que sería agradable con él fue el colofón para un día de mierda. Nunca mejor dicho.

Así que ahí estaba yo, frente a la casa del tipo más arrogante del planeta. Pero una promesa es una promesa. Llamé y esperé a que don Perfecto me abriera. Y no sé si fue porque estaba cansada tras todo el día trabajando o porque me había tomado un par de copitas de vino para atemperar mi carácter, pero, fuera por lo que fuese, el Estirado no me pareció tan... estirado. Me resultó, en cierto modo, agradable. También atractivo. Mucho, de hecho.

Sí, os juro que sólo me había tomado dos copas de vino. Ni una más.

Le di las gracias, él las aceptó sin aspavientos y nos separamos. Y ahí debería haber acabado nuestra relación de no ser por que poco tiempo después nos invitó a mis hijas y a mí a un espectáculo de payasos... y como es un tipo listo, lo hizo delante de las niñas, de modo que me fue imposible no aceptar.

¿Alguna vez habéis intentado negar algo a unas niñas que hacen frente común? Creedme, es imposible. Por tanto, fuimos los cuatro. Y me lo pasé en grande. Fue una noche tan maravillosa que incluso me olvidé de que era un hombre y debía odiarlo. He de decir que él tampoco hizo nada para recordármelo, pues se mostró encantador. Tanto, que me sentí tentada de no volver a casa. Por primera vez en mucho tiempo estaba disfrutando, no como una amiga o una madre, sino como una mujer. Y no quería que acabara. Aunque, por supuesto, todo llega siempre a su fin.

Y el fin llegó cuando entramos en el portal. Mis hijas subieron la escalera dejándonos solos. Y, antes de que pudiera darme cuenta, él me besó.

No fue un beso de esos que te hacen temblar las rodillas y mojar las bragas. En absoluto. Apenas fue un roce de labios, pero fue suficiente para erizarme la piel y hacerme desear más. Mucho más. No obstante, alguien nos interrumpió cuando íbamos a besarnos de nuevo. Calix. Mi vecino de abajo, a quien le sentó fatal pillarme in fraganti. Por lo visto, se creía con derechos sobre mi persona por haber tratado de seducirme —sin mucho éxito, la verdad— unas semanas antes.

¿No os he hablado de Calix?

Pensad en el hombre más guapo del mundo. Joven, de unos veinticinco años, rubio, de cuidado pelo liso hasta los hombros. Alto, con músculos trabajados al detalle pero sin ser excesivos, lo justo para resultar apetecibles de acariciar, lamer y mordisquear. Ojos verdes, labios jugosos y lengua ágil. Porque, sí, a éste también lo he besado y desde luego puedo confirmar que sabe besar. Y muy bien. La pena es que el asunto de la seducción no es lo suyo. O, al menos, ésa es la impresión que me dio en nuestra primera cita, cuando me invitó a cenar. En mi casa. Con un pedido a domicilio de sushi que, por cierto, pagué yo.

A ver, entiendo que los chicos jóvenes, y él lo es, no se preocupan mucho por la seducción. Son arrogantes, seguros y muy pagados de sí mismos, más aún Calix, que sabe que es muy guapo y lo usa en su beneficio. Pero yo no soy una jovencita impresionable, sino una mujer adulta con poca paciencia para los engreídos. Y mucho me temo que Calix lo es. Y, además, ¡qué narices!, era mi primera cita en seis años, esperaba una cena interesante, un paseo agradable y unas copas en un sitio chulo antes de subir a casa y entrar en materia. Lo que se dice una seducción un poco más compleja que pedir sushi por internet y tumbarme en el sofá para metérmela mientras esperábamos a que nos trajeran el pedido.

Como podéis imaginar, lo mandé a freír espárragos.

Aunque antes tuve que quitármelo de encima. A él y a su tremenda erección. Porque otro de sus magníficos atributos es el pene que gasta. Grueso y largo, perfecto para hacer las delicias de cualquier mujer. Siempre y cuando, como he mencionado antes, se moleste en seducirla antes de comenzar a bombear.

Reconozco que no debió de resultarle divertido que lo echara de casa empalmado y a medias, pero era lo que se merecía. Incluso debería darme las gracias por no haberlo capado.

Estuvo un par de semanas evitándome, hasta que me pilló besando al Estirado, que, por cierto, se llama Rodrigo. Eso debió de despertar su instinto competidor, porque el día de Halloween volvió a invitarme a salir. Y, si os soy sincera, no tengo ni idea de por qué acepté. Tal vez fue porque me prometió una cita aterra-

doramente divertida o porque se burló de mi plan para esa noche —sofá, pijama y película—, pero la cuestión es que accedí. Y esta vez sí se lo montó bien. Cenamos fuera, paseamos y tomamos unas copas. Demasiadas, en realidad.

Me achispé, lo confieso.

Y cuando él me besó en el portal le devolví el beso. Y luego, juguetona —algo que cuando estoy sobria no soy—, me escapé por la escalera. Me persiguió. Nos besamos. Volví a escaparme. Volvió a atraparme. Intentó besarme... y como resultó que nos paramos en el rellano de la casa del Estirado, no lo dejé. Aunque todavía no sé por qué hice eso. Había pasado una noche maravillosa con Calix y tenía ganas de follármelo, pero no quería que Rodrigo nos viera. Así que lo paré. Y no debió de sentarle bien, porque al llegar a mi descansillo me besó con rabia y, cuando yo estaba deseando que se metiera en mis bragas, se apartó y se fue. Me dejó tan caliente que no me quedó otro remedio que desfogarme con mi vibrador, al que cada vez recurría más a menudo.

De hecho, había pasado de usarlo un par de veces al mes a hacerlo a diario. En ocasiones, más de una vez.

No cabía duda de que había llegado a un punto de inflexión en mi vida.

Tras seis años odiando a los hombres, comenzaba a echarlos de menos. Bueno, tal vez no a ellos al completo, sino más bien a algunas partes de sus cuerpos. A saber: lengua, dedos y polla. El resto me sobraba.

Estaba hecha un mar de dudas. No hacía ni un mes que quería caparlos a todos. ¡Y ahora, a falta de uno, me apetecía follarme a dos! ¡Y no podían ser más distintos!

Calix era travieso, atrevido, divertido, apasionado, con un dominio de los movimientos pélvicos impresionante... y diez años menor que yo.

Rodrigo, en cambio, era atento y serio, un caballero de modales impecables y besos lánguidos... y diez años mayor que yo.

Y, como no era poca locura sentirme atraída por dos hombres tan distintos, para rematar el asunto mis hijas habían tomado

partido por mis pretendientes. Cada una por uno, por supuesto. ¡Era demasiado pedir que a las dos les gustara el mismo!

Jimena, la mayor, estaba loquita por Calix, algo que no era de extrañar, porque Calix es guapísimo. Mientras que para Gadea, la pequeña, Rodrigo era su héroe particular y no había mejor hombre en el mundo para mí. Estas, llamémosles, preferencias convertían nuestro día a día en una guerra sin cuartel en la que luchaban con todas las armas a su alcance para liarme con sus pretendientes.

Y, entre la cruzada a la que me sometían mis hijas, mi libido desatada y los consejos de mis amigas, me estaba volviendo loca.

Así que en diciembre de 2016 estaba tan mareada que decidí aprovechar que las niñas iban a pasar la Nochevieja con su padre para tomarme unos días de relax y olvidarme de todo.

Puse el océano entre mis hijas, mis amigas, mis pretendientes y yo, y me fui a las islas Canarias.

El cortejo





Madrid, sábado, 31 de diciembre de 2016

Rodrigo se remangó la camisa y bajo la tenue luz de la cocina fregó los tres platos, el bol y las dos copas que había usado esa noche. Normalmente manchaba sólo un plato y una copa, pero era Nochevieja y la cena se suponía que tenía que ser especial. Y, ya que no había sido pantagruélica —cenaba solo y no le sobraba el dinero para tirarlo en un menú innecesario—, sí había sido elegante. Había sacado la vajilla de porcelana inglesa de su abuela para servir la lombarda con manzanas y pasas, el consomé al jerez, el pollo asado y la sopa de almendras. Todos los platos se correspondían con los que su madre y su abuela cocinaban en Navidad desde que podía recordar. Todos menos el pollo asado, por supuesto. Esa receta vulgar y simplona no iba acorde con las viandas que solía degustar en esas fechas, pero su bolsillo no podía asumir el coste de la pularda, que era el plato principal del menú cuando su padre vivía y su situación económica no era tan precaria.

Sumergió una copa en el agua jabonosa y una austera sonrisa se dibujó en sus labios al pensar en la indignación que sentiría su progenitor si lo viera fregando.

Don Diego Castro era un hombre de rígidas costumbres y vetustas convicciones, para él cada persona tenía su lugar en el mundo, y desde luego el de su hijo no estaba en la cocina. En realidad, el de ningún hombre que se preciara de serlo. Pero su situación económica había cambiado mucho desde su fallecimiento y él ya no podía permitirse mantener el servicio, aunque éste constara de una sola persona. Así que cuando se demostró que la crisis iba para largo y afectaba por igual a todos los estamentos sociales, incluidos a los maestros camiseros con negocios que contaban con un siglo de vida, como el suyo, se vio obligado

a prescindir de la empleada doméstica. Y, aunque había aprendido a mantener la casa y a sí mismo en condiciones óptimas, no por eso era menos cierto que en fechas señaladas echaba de menos una mano femenina. En realidad, más que una mano, una sonrisa femenina. El cálido brillo de los ojos de su madre y la sonrisa cómplice de su abuela al pasarle en secreto el aguinaldo por debajo de la mesa, también la risa socarrona de su padre mientras su abuelo abría el cabernet, único desempeño del que ellos se ocupaban en esas fechas.

Pero el tiempo no se detenía por nadie, y hacía ya muchas Navidades que sus padres y sus abuelos compartían nicho en la Almudena. Se habían ido poco a poco, primero su madre, una muerte prematura que lo dejó huérfano de risas y besos, después sus abuelos, como les correspondía por edad, y, por último, su padre, unos años antes de que la crisis se cerniera sobre el negocio que adoraba. Ahora, de su familia sólo le quedaba esa casa llena de rincones oscuros y recuerdos felices, y la camisería. Mas esta última tenía los días contados.

Sacudió la cabeza renuente a dejarse llevar por la melancolía y la desesperación. Cumpliendo con la tradición familiar, lavó y peló las doce uvas con las que daría la bienvenida al nuevo año. Las colocó con meticulosa simetría en el platito que tenía preparado para tal fin y las llevó al sombrío comedor junto con la copa tulipa con la que brindaría. Por supuesto, ésta era alta, sin tallar y con la base más ancha que la boca para concentrar los aromas y evitar que el gas se escapara, aunque lo cierto era que el champán que iba a verter en ella no precisaba de tales consideraciones. No era el Moët & Chandon que tanto gustaba a don Diego ni el Veuve Clicquot que acostumbraba a tomar doña Concepción. El espumoso con el que esa noche brindaría al aire era tan vulgar y simplón como el pollo que había cenado. Pero era lo único que podía permitirse; en realidad, ni eso.

Comprobó que la camisa de popelín que vestía siguiera impecable, se ajustó la corbata y se puso la chaqueta del traje. Era Nochevieja, y en su casa siempre se había despedido el año con la elegancia y la sobriedad apropiadas para tal acontecimiento.

Encendió el televisor, sujetó el platito con las uvas y esperó con templada calma a que cayera el carillón. Se tomó cada uva con su campanada, descorchó el ordinario champán y brindó solitario por el recuerdo de quienes no estaban. Dejó la copa a medias, no merecía la pena beberse ese líquido ramplón, y se acercó a la terraza. A través de los cristales vio cómo la plaza se iluminaba con la pirotecnia que los vecinos lanzaban. Tomó una bengala, la encendió y salió al exterior tal como siempre hacía en Nochevieja con su madre. Trazó espirales en el aire hasta que la luminaria se consumió y volvió a entrar.

Un aliviado suspiro escapó de sus labios. Ya estaba. La Nochevieja se había acabado y la Navidad tenía los días contados. Una semana más y la tortura acabaría.

Fue a su dormitorio y se desvistió colocando las prendas con puntilloso cuidado en el galán de noche. Se puso el pijama mientras pensaba, no por primera vez en esa noche, que cada año le disgustaban más esas fiestas. Y no era sólo porque echara en falta a su difunta familia, hacía años que había asimilado su pérdida. Era esa nostalgia insoportable que lo dominaba cuando caminaba por Madrid y veía las iluminaciones de las calles que había recorrido de niño con sus padres y que ahora recorría solo. Era la añoranza por esas cenas llenas de amor y risas que ahora compartía con recuerdos sentados en sillas vacías. Era la dolorosa melancolía que lo torturaba al no oír el sonido de las copas en alto chocando, las risas de su madre y su abuela, y las discusiones de su padre y su abuelo. Pero lo peor de todo era el terrible vacío que llenaba su casa. Y también su vida.

Se había acostumbrado a la soledad, pero en esas fiestas pesaba mucho. Demasiado.

Retiró la colcha y se metió en la cama. Aunque fuera Nochevieja, no tenía sentido permanecer despierto más tiempo, al fin y al cabo, no había nadie con quien celebrar que había resistido un año más al borde de la ruina sin caer en ella. Aunque tampoco era que eso fuera algo digno de celebrar.

Se volvió para apagar la lamparita y en ese momento vio sobre la mesilla el papel que le había dado ese pequeño diablillo que

tenía por hija su vecina del segundo. Una imagen de la madre apareció en su mente. Era alta y de estilizada figura, tan hermosa que podría haberla moldeado Hefesto en su fragua para hacer enfermar de celos a Afrodita. Dueña de una oscura melena que caía en ondulada cascada hasta la mitad de su espalda, su cara de rasgos duros, pómulos afilados y penetrante mirada gris poseía una esquiva sonrisa que, cuando aparecía, podía embrujar al hombre más sensato haciéndolo caer en la locura.

Era una bendición para los hombres que sonriera tan poco, pensó Rodrigo tomando el papel que había dejado con fingido descuido junto al teléfono. Lo hizo girar entre los dedos, recordando a la pequeña Gadea, tan bella como su madre, pero sin su carácter arisco. Se lo había dado tres días atrás mientras le contaba que iba a pasar unos días con sus abuelos paternos y que su madre iba a quedarse sola. «Ella dice que está encantada, que se va a ir a una isla para relajarse y reponer fuerzas, pero yo sé que se va a sentir muy triste sin nosotras. Llámala, seguro que se alegra.»